



Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches; que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo por que conozca el mundo que, si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe:" y en diciendo esto, se acercó á la sima; vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos, ó á cuchilladas; y así, poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban; por cuyo ruido y estruendo, salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos, y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantó; y viendo que no salian mas cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole sogas el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendicion, y haciendo sobre él mil cruces, dijo: "¡Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas!" Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quijote dando voces que le diesen sogas y mas sogas, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de sogas. Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogas, con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y, creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente, y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco mas de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez, vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho, diciéndole: "Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta:" pero no respondía palabra Don Quijote; y, sacándole del todo, vieron que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo, y desliáronle; y, con todo esto, no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algun grave y profundo sueño despertara; y mirando á una y á otra parte, como espantado, dijo: "¡Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado! En efecto, ahora acabo de conocer

que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡oh mal ferido Durandarte! ¡oh sin ventura Belerma! ¡oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos!" Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si, con dolor inmenso, las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. "¿Infierno le llamas? dijo Don Quijote; pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego vereis." Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba; acudieron á la despensa de sus alforjas, y, sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron, todo junto. Levantada la arpillera, dijo Don Quijote de la Mancha: "No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos."

de las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian, cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote para que, sin calor y pesadumbre, contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto; y comenzó en el modo siguiente:

"Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la sogá, caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y, haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo; y, cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto.

CAPÍTULO XXIII.

de las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian, cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote para que, sin calor y pesadumbre, contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto; y comenzó en el modo siguiente:

"Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la sogá, caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y, haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo; y, cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto.